

LA TERCIA DE MONTILLA, UN LUGAR DEL CORAZÓN (INTRODUCCIÓN, TEXTO, PARALIPÓMENA)

José Antonio Ponferrada Cerezo

Académico Correspondiente

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Montilla.
Filatelia.
Tercia.
Amontillado.
Conde de la Cortina.
Ponferrada Gómez.

ABSTRACT

KEYWORDS

Montilla.
Philately.
Tercia.
Amontillado.
Count of la Cortina.
Ponferrada Gómez.

Ejemplo de arquitectura civil, La Tercia fue bodega de vino en Montilla unida a los Marqueses de Priego y a los Condes de la Cortina, desde el siglo XVI al XX. Edificio muy querido por los montillanos, este es el texto más completo que sobre su historia conocemos.

An example of civil architecture, La Tercia was a winery in Montilla linked to the Marquises of Priego and to the Counts of la Cortina from the 16th to the 20th century. A building much beloved by the people of Montilla, this is the most comprehensive text which we know about its history.

*A la memoria de Conchita Cerezo Morales:
mi madre, gran lectora y mi mejor fan.*

INTRODUCCIÓN

La cercanía del verano de 2011 debió de ser la que me animó para aceptar, agradecido, el encargo de la montillana Sociedad Filatélica y Numismática «El Pulsista».

La promesa de unas felices vacaciones parecía facilitar el trabajo en cuestión: poco más de un folio que debería entregar para septiembre, sobre el más emblemático monumento de la arquitectura civil montillana; esto es, La Tercia de Montilla. Con mi texto como base (según me explicaba su presidente, José Pedraza Luque), la Sociedad compondría un

efecto filatélico muy apreciado por este curioso gremio: el «documento filatélico» correspondiente a la XX Exposición Filatélica, Numismática y del Coleccionismo, que ocurrió en Montilla del 8 al 16 de octubre de 2011.

Y pensaba yo que tiempo habría en el verano, con mi padre y en Montilla, para que él mismo (con mi ayuda, si acaso), diera salida fácilmente al encargo. Además, que un monumento tan conocido, estaría más que documentado...

Así de felices me las prometía. Pero resultó que ya no era tiempo de molestar a mi señor padre con encargos; y, peor, que cuando me puse por mí mismo a la tarea comprendí que las noticias accesibles sobre la cono-cidísima Tercia eran bien escasas.

Salimos del encargo. En el texto resultante se cuidó especialmente la estética de las formas, los aspectos literarios. Pero en sus contenidos y como al desgaire se recogía casi todo lo que, por historia y tradición, se sabía sobre el edificio.

Pasado algún tiempo, creímos interesante ampliar lo ya escrito con noticias adicionales. Casi todo lo que sigue ya estaba hecho hace diez años. Pero se interpusieron otros proyectos, vino luego el COVID-19... Y ahora, por fin, he aquí el resultado.

No hemos tenido corazón, en esta «edición ampliada» de aquella hojita filatélica, para retocar el original, con el consiguiente destrozo. Por lo que he preferido mantener lo hecho en 2011, para construir un nuevo texto «a la italiana», con más notas que cuerpo principal.

«Paralipómena» es palabra de concordancia femenina y plural (se debe decir «estas paralipómena», aquí la «a» significa el plural en latín: currículo, singular; currícula, plural). La tenía leída de Valera y de una de las variaciones del *Fausto* de Goethe. Ya está en la *Biblia*, y viene a significar «lo que se omitió», la anotación complementaria al texto original. Y como me venía como anillo al dedo, que el *DRAE* aún no la recoja (en tan buena compañía como voy), tampoco me ha detenido.

N. b.– Los números romanos del I al X, al final de algunos párrafos del siguiente apartado llamado –TEXTO–, indican contenidos que, con esos mismos números, irán ampliados en el de PARALIPÓMENA.

TEXTO

Entre el Llano de Palacio y los altos del Castillo, a media altura, la antigua Tercia del vino contempla, con el ojo atento de su única torre, el vaivén interesante de la vida en Montilla.

Ni alcázar medieval ni renacentista palacio; ser edificio civil, en el exacto lugar por donde ahora transita la moderna ciudad, es su vocación. Las golondrinas que siempre habitan entre sus aleros (como juegan los niños por las elevadas columnas de la portada) sugieren el aprecio popular de este edificio, tan transitado, tan conocido que es, como ninguno en su clase, patrimonio común del corazón montillano.

Y no le falta hidalguía, que por su noble arquitectura y planta la demuestra tanto como por su antiguo solar: en las primeras décadas del loco siglo XX, habiendo de construirse unos trujales en su antiquísimo suelo, se pusieron barrenos que hicieron salir a la superficie, junto con otros restos arqueológicos, numerosos fragmentos de ánforas vinarias de origen romano; indicios vehementes de antigua ocupación, signos de la vieja Munda bética consagrada a los placeres de Baco. (I)

El solar de La Tercia da, a través de la calle que en tiempos de Morte Molina se llamó también Tercia (hoy José de los Ángeles), a una «plaza nueva» (sic) abierta en el siglo XVI; cuyo nombre en el XVIII será plaza de la Concepción, gracias a una imagen de la Inmaculada que presidía La Tercia (entonces bodega de los Marqueses de Priego). Contaba con «un oratorio en el piso principal con vista a la plaza y en el que los días festivos de madrugada se celebraba una misa que oía el pueblo desde la susodicha plaza». (II) Desde nuestros trasabuelos, el viejo ensanche se ha rotulado con los nombres de Alfonso XII, de la República, de José Antonio, de la Constitución y de la Rosa... Pero tuvo, para mí, su propio nombre en el tradicional de Plaza Mayor, como se la nombra en las ancestrales «Coplas de la Rosa»: «En la Plaza Mayor de Montilla / hay una bandera que es digna de ver / el que quiera sentar plaza en ella / Jesús Nazareno es el coronel». (III)

Al menos desde 1562, en esa Plaza Mayor poseían los Marqueses de Priego, señores de Montilla, el antiguo edificio dedicado a bodega conocido como «Casas de las Tercias del vino». Existen en diversas poblaciones obras con este nombre de «Tercia, que significa casa en que se depositaban los diezmos, o sea el derecho del 10% que se pagaba al rey del valor de las mercaderías que se traficaban». En nuestro caso la mercadería sería el vino, como su clásico nombre expresa. (IV)

¡Y qué vinos! De las viñas de antes de la filoxera. A mediados del XIX aún se conservaba en la antigua bodega una partida de ese fabuloso néctar en toneles de madera de cerezo (V),

obra meritoria de los viejos artesanos montillanos del ramo: «un vino amargoso y craso que sabía a bergamota». El grupo compuesto por estas dieciocho ilustres vasijas fue adquirido, en el año de 1857, a don Luis Fernández de Córdoba, Duque de Medina-

celi y Marqués de Priego, por don Manuel M.^a González Ángel, fundador de González Byass, siendo las mismas que actualmente son exhibidas en exposición permanente, como auténticas piezas de museo, por la importante firma jerezana de referencia, que las conserva celosamente «como muestra de una época temprana en la industria tonelera: madera de cerezo, aros forjados a mano, etc.» (José Ponferrada Gómez y José Antonio Ponferrada, *Glorias del amontillado*, Montilla, 2005 y Córdoba, 2007).

Los vinos de La Tercia nutrieron los de Jerez, al menos hasta 1888 en que por Morte tenemos constancia de ser aún el edificio «propiedad de los señores González, de Jerez», (VI). En recuerdo de esos barriles y de su dueño creó González Ángel la marca, aún hoy existente, de «Amontillado del Duque»; en la contraetiqueta de las botellas, como cabe esperar del buen saber jerezano, está explicada la denominación. Nuestra ilustre paisana Sabina de Alvear y Ward, en 1891, ya elogiaba con inigualable salero «el riquísimo vino de Montilla (al que el de Jerez, tan renombrado y conocido del mundo, rinde las armas llamando al mejor de los suyos amontillado, por suponer que algo se le parece)». (VII)

La Tercia que hoy conocemos, con su portada columnaria de aires neoclásicos tardíos, se reedificó entre los años de 1921 y 1925 por don Francisco de Alvear y Gómez de la Cortina, VII Conde de la Cortina (1869 – 1959), sobrino de doña Sabina y refundador de las famosas Bodegas Alvear. En el amplio patio de La Tercia construyó el conde una lagareta, donde se obtenía el mosto que en la famosa bodega alledaña habría de convertirse en rico vino de Montilla. (VIII)

De la reedificación se conserva una curiosísima fotografía en la que aparecen una veintena de nuestros paisanos que, bien abrigaditos, posan alrededor de dos enormes bolas de nieve de la altura de un hombre: aquella nevada fue memorable, rara ave en nuestra campiña y, como se ve, delicia de grandes y chicos. (IX)

En La Tercia de ahora ya no hay bodega, pero hay «barriles» y «arcos» que dan nombre a las mejores tabernas de los alrededores. Tabernas de Montilla y Córdoba, donde tienen los taberneros su cara de tabernero: una cara solemne, muy digna y romana, como de centurión retirado... (X)

... Y PARALIPÓMENA

(I) La población de Montilla es muy anterior a la época romana. Citemos un ejemplo: de época tartésica (primera Edad del Bronce, unos 1.500 años a.d.C.) es el famoso Tesoro de Montilla (Juan Cabré Aguiló, «*Espoli fune-*

rari, amb diadema d'or, d'una sepultura de la primera Edat del bronze de Montilla (Córdoba)», *Anuari de l' Institut d'Estudis Catalans: MCMXV–XX*). Por otro lado, Roma está presente en multitud de hallazgos montillanos, desde las «ánforas, candiles de barro, ladrillos, algunos con la inscripción *Solemnis...*» que cita Morte, en pág. 31, a propósito de las obras de 1863 para el ferrocarril Córdoba - Málaga; al elevado número de inscripciones en el *Corpus Inscriptionum Latinarum* recogidas por Hübner en el siglo XIX (a las que se suman las añadidas, ya en nuestros días, al *Supplementum (CIL II²/5)* por Stylow; para cuya localización tanto mi padre como yo mismo, en el verano de 1983, fuimos guía por campo y ciudad, del investigador del DAI). A estas fuentes escritas hay que añadir los numerosos testimonios de hallazgos por obreros agrícolas (mientras preparaban los hoyos para la plantación de viñas) o albañiles (en obras de conservación, derribos...). De esta fuente tradicional procede la información sobre los hallazgos en el solar de La Tercia.

Al día de hoy sigue sin aparecer un documento que demuestre, de forma irrefutable, la exacta localización de Munda. Por ello, los montillanos harían bien en no ceder fácilmente a otros lo que historia y tradición les han concedido: que Munda es Montilla. La posición de algunos paisanos (tan dispuestos a hacer concesiones en esta materia) recuerda la estupidez de quien, viviendo durante siglos en una vieja casa sin escrituras, está dispuesto a cedérsela al primero que quiera decir que es suya, olvidando que a él le asiste el derecho de «quieta y pacífica posesión» y que el recién llegado lo es «sin papeles».

En José Antonio Ponferrada y José Ponferrada Gómez, *El nombre de Montilla y su relación con Munda*, Montilla, 2001, con prólogo de Feliciano Delgado (q. e. p. d.), aportábamos un nuevo argumento, esta vez filológico, explicando con todo detenimiento cómo no hay ningún inconveniente, con la aplicación rigurosa de la filología moderna, para que la palabra que da origen a la actual Montilla sea Munda. Esta obra ofrece un estudio completo, como nunca hasta ahora se había hecho por un especialista en filología, de la etimología del nombre de Montilla. En el *Boletín de la Real Academia de Córdoba* n.º 142, pág. 423 dice Joaquín Criado Costa: «No es frecuente que las poblaciones cuenten con una investigación de sus propios nombres tan extensa y rigurosa como la que los Ponferrada, padre e hijo, nos presentan referida a la suya». Pero con Borges creemos que nada es transmisible por la escritura.

(II) La cita es de José Morte Molina, *Montilla (apuntes històrics de esta ciutat)*, Montilla, 1888, pág. 59. En pág. 58 explica que la plaza ya existía en el s. XVI y que «se hizo por el mencionado Concejo [de Justicia y Re-

gimimiento de la villa de Montilla], de casas y tiendas que compró a varios vecinos, las que se allanaron, dando así lugar a la plaza».

Enrique Garramiola Prieto, en *Callejero y Memoria íntima de Montilla*, Montilla, 1997, pág. 202, dice que se conoció como «“plaza nueva o baja”, contigua y a desnivel de la “vieja o alta”, a la cual sustituyó a mediados del siglo XVI». En pág. 207 explica que el cuadro de la Inmaculada Concepción (llamada antonomásticamente «la Purísima») fue «pintado por Luis Delgado a primeros del XVII». En esa página 207 se equivoca al llamar «Manuel González-Gordon» a Manuel María González Ángel (el fundador de *González Byass*).

(III) La denominación de Plaza Mayor está, por ejemplo, en Sabina de Alvear y Ward, *Historia de D. Diego de Alvear*, Madrid, 1891, pág. 283: «Imponente era en verdad el aspecto que ofrecía la Plaza Mayor, cuando se presentó D. Diego de Alvear [...] teniendo que atravesarla toda para retirarse a su casa». Doña Sabina se refiere al famoso suceso (1824) en que un exaltado increpa al liberal don Diego: «¿No dice usted viva el Rey absoluto?» ... y la respuesta de D. Diego con «¡La Reina más bien que es muy buena moza!». Este episodio lo recrea, con no poco gracejo, José Ponferrada Gómez en *Jirones de la patria chica*, Córdoba, 1979, págs. 55-56. De la figura del brigadier Alvear vuelve a ocuparse Ponferrada en *Vilanos sobre Montilla*, Córdoba, 1980 y en *Silva montillense*, Montilla, 1993.

La «Copla de la Rosa» está tomada de una nota mecanografiada, extraída de los archivos de mi padre. Sobre estas coplas montillanas, distinguidas de «las de la Aurora», puede verse «Y salieron los padres franciscos...», primera de las dos historias en mi *Fama y memoria del “Gafas” Cerezo. (Y dos historias más)*, Montilla, 2017.

(IV) Joaquín González Moreno, «Montilla, capital del estado de Priego (siglos XVI y XVII)» en *Montilla, aportaciones para su historia*, Lucena y Montilla, 1982, pág. 34, dice que en 1562 «la citada marquesa [Catalina Fernández de Córdoba y Enríquez, II marquesa de Priego, † 14-VII-1569], que era lista como un lince [...] tomó posesión de las “Casas de las Tercias del vino”, con las tinajas que en ella había (sic), situadas frente a la plaza pública».

(V) Los toneleros de Montilla ya figuran entre los artesanos de la localidad en el famoso *Catastro de Ensenada* (Zenón de Somodevilla, Marqués de la Ensenada) del s. XVIII; eso sí, como «candioteros» que era la voz en uso por aquel entonces. Parece mentira que puedan verse hoy textos en los

cuales el origen de la tonelería montillana se quiera reducir al año de 1935...

El texto que sigue es de *Glorias del amontillado*, concretamente del artículo de José Ponferrada Gómez «Edgar Allan Poe y la botella de amontillado». El comienzo, sobre los toneleros, está en pág. 17. Y desde «el grupo compuesto...», en pág. 18. El entrecomillado final a la española procede de la correspondencia de mi padre con *González Byass* para la elaboración del artículo «Los toneles de cerezo y el vino que sabía a bergamota», incluido en José Ponferrada Gómez, *La arqueología y abolengo de los vinos de Montilla*, Córdoba, 1982, vid. nota en pág. 126. De pág. 127 tomo lo referido al «vino que sabía a bergamota». La referencia completa es:

se decía en un prestigioso libro que sobre los vinos andaluces fue hace ya tiempo publicado, que «todavía en la Bodega de “La Tercia” de los Duques de Medinaceli quedaban en 1857, sobre sus candioteras, unos toneles de cerezo tojo con un vino amargoso y craso que sabía a bergamota».

Se llama «candioteras» la armazón sobre la que se disponen las candiotas. En la cita anterior se actualiza el vocabulario para poner, sobre las candioteras, toneles (por candiotas). A mediados del siglo XVIII la bodega de La Tercia contaba con «74 vasos de barro (80 arr.), 99 candiotas (45 arr.) y dos pipotes pequeños (22,5 arrobas) que le permite[n] una capacidad total de 10.420 arrobas y un valor de 1.267 reales», explica José Cosano Moyano en «La economía montillana a mediados del siglo XVIII», *Montilla, aportaciones...*, pág. 114.

Una curiosidad: el signo tradicional para representar la arroba en las bodegas es @. A mi amigo López Alejandro un inadvertido impresor le llamó la atención porque, en los escritos que le había entregado para componer, usaba el signo de arroba con su valor tradicional, el de cantidad de vino. El operario estaba convencidísimo, como tantos, de que lo de @ era cosa exclusivamente informática.

Los dos pipotes se aprecian, perfectamente arrimados a la pared, en el grabado del siglo XIX que es portada de *Glorias del amontillado* y ya figuraba en pág. 11 de *Arqueología y abolengo...*, en cuya pág. 12 Pepe Ponferrada hace de dicha imagen (algo borrosa en estas reproducciones, pero de gran claridad en la fotografía de su archivo), una lectura impecable que recomendamos vivamente al curioso lector; sobre las vasijas de madera de cerezo añade «que datan del siglo XVII y que están montadas a la antigua usanza montillana, o sea sobre las clásicas “candioteras”, peculiaridad que evitaba la sobrecarga de los bocoyes situados en la [parte] inferior».

Una foto de la exposición permanente en *González Byass* de los toneles montillanos, también parte de la correspondencia de mi padre con dicha firma, en pág. 129 de *Arqueología...*

(VI) Morte Molina, *Montilla (apuntes...)*, pág. 59. Recordemos que el libro de Morte es de 1888.

(VII) En efecto, hace algún tiempo, en la Costa del Sol, pude examinar una botella de «Amontillado del Duque» que divisé en las estanterías de un establecimiento hostelero.

La cita es textual de: Sabina de Alvear, *Historia de D. Diego de Alvear*, pág.10. En *Glorias del amontillado*, pág. 38, ya decíamos que esas palabras no solo son dignas de repetirse, una y otra vez, en tinta que ha de borrar el agua, sino en el bronce o mármol más perdurable.

(VIII) Que el edificio actual de *La Tercia* es obra del Conde por aquellos años es bien sabido por el pueblo de Montilla.

Al escritor y bodeguero Pepe Cobos, que declara no ser de su gusto la plaza, le parece que «La Tercia es hoy su más bello edificio y recuerda mucho al palacio de Monterrey, de Salamanca». Véase en José Cobos, *Menos que nube*, Madrid, 1957, págs. 28 y 29, donde se dedican dos párrafos a La Tercia, con algunas de las noticias que hemos recogido de otras fuentes. La segunda torre, que hubiera completado la alusión al palacio salmantino, no se pudo construir porque no le vendieron al Conde el edificio que la habría alojado.

Cobos llama erróneamente «Montilla del Duque» a la marca «Amontillado del Duque» de *González Byass*. Verdaderamente, el tipo de vino que llamamos «amontillado» podría tener entre nosotros otro nombre más autóctono: «Montilla Clásico», por ejemplo, ya que este vino viejo (¡mi favorito!) que ha vivido dos vidas, es el que más fácilmente podría beberse fuera de Montilla hasta la Edad Contemporánea. En el pasado, los largos tiempos de transporte acabarían por transformar los estupendos pálidos, aún los criados bajo velo de flor, hasta llevarlos al oro viejo por mor de la crianza oxidativa.

Amontillándose, cogiendo el color y gusto clásicos de los vinos viejos de Montilla, si no del todo amontillado, estaría el de las cuatro carretas de cueros que, acompañado con buen bizcocho, sirvió para reanimar a las tropas de nuestro paisano el magno Gonzalo y llevarlos a la victoria en Ceriñola (1503). El previsor Medina, «maestresala del Gran Capitán» (vid. José Antonio Vaca de Osma, *El Gran Capitán*, Madrid, 1998, pág. 142) traía estas carretadas de entre las que un miembro del Concejo de la Villa

de Montilla envió a Italia como regalo para su señor, el gran montillano Gonzalo Fernández de Córdoba. Véase con más amplitud el suceso en J. P. G., *La arqueología...*, págs. 97 – 100, con una ilustración de José M.^a Gracia Naranjo.

M.^a Dolores Ramírez Ponferrada, en «La Tercia, un edificio emblemático del vino de Montilla», revista *Nuestro Ambiente*, n.º 433, febrero, 2017, recoge, junto con otras precisiones, que la lagareta de La Tercia en la primera mitad del siglo XX estaba frente a la entrada, sus trujales a la derecha y la bodega de tinajas a la izquierda, donde luego estuvieron Los Arcos.

(IX) Este párrafo (como la cita de Morte sobre el oratorio de La Tercia) lo abrevie para adaptarlo a las dimensiones del documento propio de la Asociación Filatélica «El Pulsista», de Montilla, al que nos referimos en la «Introducción». Va la ampliación.

La fotografía de «la gran nevada de los años veinte» se publicó en J.P.G., *La arqueología...*, pág. 131. Procede del archivo particular del escritor y está datada, en pág. 132, «al comienzo de la década de los veinte». En su tiempo debieron circular numerosos ejemplares. El del autor forma parte de una tarjeta postal (datada, estimamos, en el primer tercio del siglo XX) con vista horizontal, de 8,50 x 14 y color tirando a sepia; en el reverso (con los habituales espacios reservados para sello, dirección...), en tres líneas centradas de la parte superior se lee: «Tarjeta postal / Unión Universal de Correos / (*Carte postale – Union Postale Universelle*)». Pese a sus dimensiones, se aprecian con mucho detalle los rasgos fisonómicos y particularidades de los dieciocho paisanos que posan mirando a cámara. Son ocho adultos (una mujer con delantal) y diez niños (algunos de ellos muchachos que acompañan a sus hermanillos a ver la nieve). En el grupo predomina la clase popular (con gorra), hay algún industrial con lo que parece un guardapolvo, y destacan, en el centro, una pareja de muchachitos muy bien vestidos: él, el mayor, con chaqueta y corbata, pantalón *golf* (por la rodilla) y calcetines altos; ella con abrigo de amplio cuello, al parecer de piel o astracán. A mí, por su edad y circunstancias, este que parafraseando a don Pablo García Baena podríamos llamar «antiguo muchacho», me hace pensar en Francisco Solano de Alvear y Abaurrea (hijo del Conde), el popular don Paco Alvear, que nació en 1907.

(X) A través del tiempo, las casas de La Tercia han dado cobijo a multitud de actividades: posadas, academias, viviendas, asociaciones... y tabernas. Dando a la calle, prácticamente en los dos extremos del edificio, encontramos aún hoy dos lugares señeros de la hostelería montillana. Se llaman,

precisamente, Los Arcos y Los Barriles; de los que nos queremos acordar, brevemente, en representación del resto.

Los Arcos, inaugurados a principios de los años cincuenta, significó para Montilla el primer gran restaurante de nuestros tiempos: un local luminoso, amplio, moderno pero con inequívoco sabor montillano y con altílo para músicos y animadoras (que las influencias del «Señor Vicario» acabaron por retirar). Al fondo, un enorme salón de celebraciones (salida al patio de La Tercia) con unas inolvidables hileras de botas en cuarta (hoy ya no están) que daban a los clientes la viva impresión de estar comiendo en una bodega. Su primer *maitre* fue Antonio Morales Jordano, hombre de una gran elegancia natural que después pasó al Casino Montillano. Morales era tío abuelo, por parte de madre, de un servidor.

Los que éramos jóvenes en el tránsito de los años setenta a los ochenta no podemos olvidar La Cepa, que venía a ser una taberna *pop* e independiente aunque insertada en la planta alta de Los Arcos (donde antes y después hubo comedor). La Cepa fue un invento efímero y feliz del amigo Paco Ramírez Ponferrada.

Los Barriles son parte importante en la vida de una estupenda saga de taberneros montillanos: los Gil. Junto con los formados en Las Camachas, ellos detentan esa forma magistral de saber atender al cliente: con productos de primera calidad y un trato atento, pero sin atosigar.

Los Barriles tuvieron su primera ubicación en la mismísima esquina suroeste del edificio, donde recién abierta La Tercia del Conde había estado el bar de Pablo («Paulitos»), Manolo y Miguel Córdoba, conocido como bar del «Gordo» por la potente estructura corporal del dueño y padre de estos, Córdoba «el de la Gorda». Pero antes, cuando aún eran Las Casas de La Tercia del Duque, en ese mismo punto estuvo la Posada de Moñogrande (no confundir con Muñoz Grandes...), según el expresivo apelativo popular, en honor al llamativo exorno capilar de su propietaria. Allí iba a tomar copas, en compañía del santero de Belén, José María Hinojosa conocido como El Tempranillo (que bregó en Montilla, donde había en qué entretenerse, más que en Jauja): estamos hablando, entonces, del primer tercio del siglo XIX. Las referencias sobre esta posada las debemos a nuestro paisano y amigo Antonio López Martínez, autor del inédito manuscrito *Caminando por la historia de Montilla* en el que abundan las noticias de primera mano y la más rigurosa tradición.

Del antiguo y espacioso emplazamiento, que los de mi generación conocimos, haciendo esquina con la Calle San Juan de Ávila, Los Barriles pasaron al actual, un poco más arriba, siempre en la fachada. Junto con el

clasicismo de la decoración (la actual es de Santiago Cerezo Folía; con frases latinas en los altos, proporcionadas por José Ponferrada), Los Barriles siempre han tenido un punto juvenil que se observa en la clientela y tuvo su mejor expresión en la magnífica selección musical de la máquina de discos del antiguo local (y en los conciertos, mejor que bailes, que se daban en la planta alta).

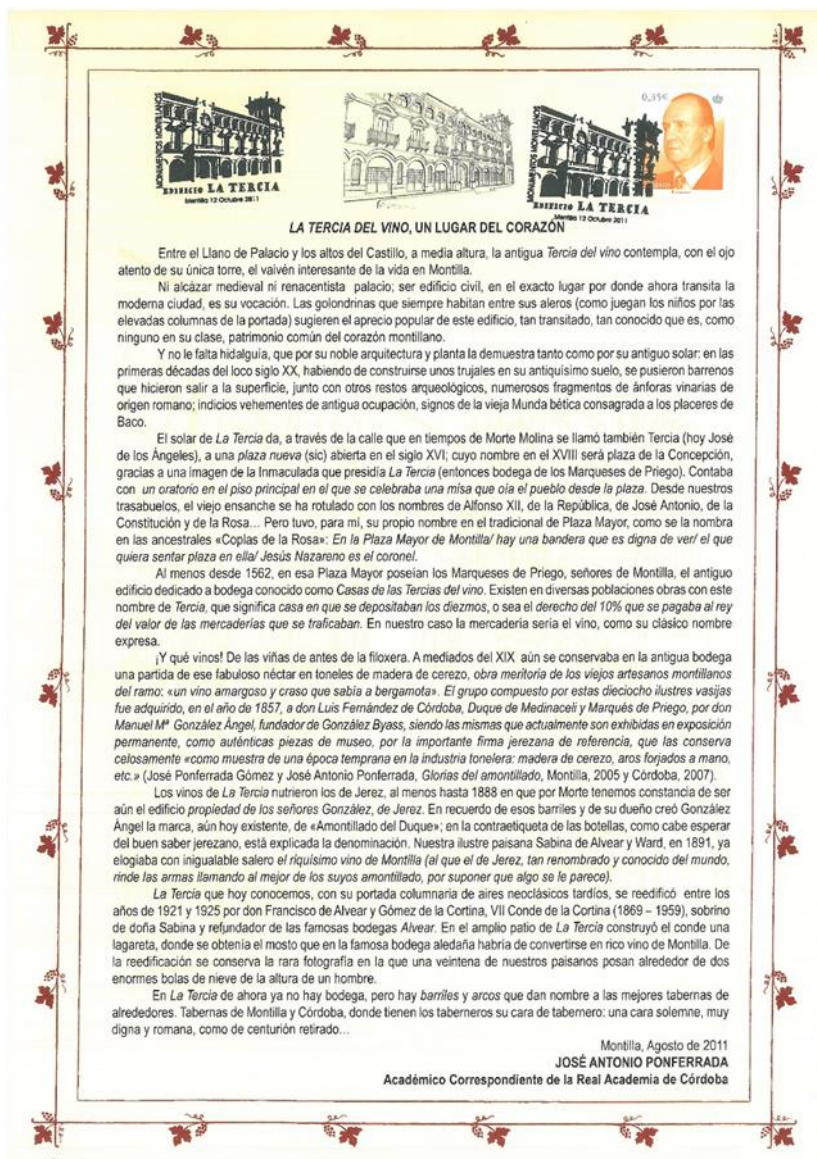
Todavía lloramos la temprana muerte del último tabernero, Rafael Gil Requena, que se fue un día de san Juan de 2010, a los treinta y nueve años de edad. En Gloria esté y sírvale este recordatorio de modesto homenaje. Ahora Rosa, la hermana, continúa su labor como buena tabernera. Recientemente, el 26 de septiembre de 2020, en edad más comprensible, nos dejó también el padre de ellos, Manolo Gil Raya, hombre de buen humor y tabernero excelente como todos los de su casa.

La frase final, sobre los taberneros y su imagen, procede de mi «Elogio de taberneros». Leí en público por primera vez esta breve pieza en el Salón de Actos de la Diputación Provincial de Córdoba, en 1999. Desde entonces, con leves modificaciones, se ha publicado varias veces (señal de que le gusta al personal), la primera en el precioso libro de un amigo (y compañero en la Real Academia) a quien los taberneros debían erigir un monumento. Hablo de Manuel M.^a López Alexandre, *Las tabernas del casco histórico de Córdoba*, 1^a edición, Córdoba, 2003, pág. 13.

★ ★ ★



Imágenes, antigua y moderna, del noble edificio de La Tercia de Montilla, obra del VII Conde de la Cortina, a principios del s. XIX. En ese mismo solar se levantaba, al menos desde 1562, la antigua bodega de los Marqueses de Priego. En la segunda fotografía se evidencia el deficiente estado de conservación al que la desidia de unos y la inacción de otros parecen haberlo condenado. Un mal, el de la falta del necesario mantenimiento en el patrimonio, muy extendido por nuestros pueblos y ciudades.



Documento filatélico correspondiente a la XX Exposición Filatélica, Numismática y del Coleccionismo, Montilla, 2011. De muy corta tirada, este efecto filatélico, muy apreciado por los aficionados, suele distribuirse en las exposiciones de este tipo a los expositores y coleccionistas participantes, así como a un reducido número de interesados. En este destaca la imagen del Matasellos de Primer Día (en su origen, anteriores a los «sellos» propiamente dichos). Dibujos de La Tercia de Montilla que son obra de D. Rafael Portero de la Torre y D. Manuel Serrano Portero.

XX EXPOSICIÓN FILATÉLICA NUMISMÁTICA Y DEL COLECCIONISMO



Montilla 2011

La Tercia

Del 8 al 16 de octubre de 2011

**Lugar: Salón Municipal de Exposiciones
San Juan de Dios**



ORGANIZA: Sociedad Cultural Filatélica y Numismática «El Pulsista»
Asociación Cultural «Amigos de Montilla»
PATROCINA: Excmo. Ayuntamiento de Montilla. Delegación de Cultura

Cubierta del excelente folleto explicativo (catorce páginas en buen papel ahuesado, más cubiertas) que se distribuyó al público con motivo de la XX Exposición Filatélica, Numismática y del Coleccionismo, Montilla, 2011, de la montillana Sociedad Cultural Filatélica y Numismática «El Pulsista».